

## Ex Bibliotheca Gondomariensi

### FRAY DIEGO DE LA FUENTE, CONFESOR DEL CONDE DE GONDOMAR

El manuscrito II/551 de la Real Biblioteca contiene copias de 255 cartas enviadas por el confesor de Gondomar, fray Diego de la Fuente (O. P.) desde Inglaterra a diversos destinatarios, entre ellos al propio conde. La reencuadración decimonónica del volumen ha respetado el principio cronológico con que se agruparon originalmente, una tendencia que es apreciable en toda la colección epistolar de don Diego Sarmiento pero que no siempre ha sido salvaguardada tras su ingreso en la colección real. La correspondencia de fray Diego de la Fuente reunida en este volumen abarca desde la primera semana de octubre de 1618 hasta el 31 de diciembre de 1619. Como un verdadero embajador en ausencia del conde de Gondomar, fray Diego informa de cuanto ocurre en la política inglesa y hasta hace recomendaciones sobre lo que más conviene a la monarquía católica. El propio Felipe III es el destinatario de no pocas de estas relaciones. Hay dos asuntos que se repiten con mayor frecuencia en el epistolario: el proyecto de boda entre el príncipe Carlos con la infanta María, y la situación de los católicos en Inglaterra.

Se ofrecen aquí pasajes de dos cartas dirigidas al conde de Gondomar que son prueba, además de la condición de hombre avisado de fray Diego, de su gusto por el detalle y el talento para la narración. La primera de ellas (11/04/1619) refiere el eco con que se ha recibido en Londres el anuncio del regreso del conde de Gondomar en una segunda embajada, que debiera apresurarse, en opinión del confesor, por la necesidad de dar cumplido pésame al rey Jacobo por la muerte de la reina Ana. De la segunda (14/05/1619), se transcriben pasajes de un encuentro entre fray Diego y el propio rey de Inglaterra.

Pero aún vale la pena destacar otra condición del dominico. Además de parecer hombre prudente y bien informado, supo ejercer de relator irónico y acaso esa gracia la refrendara leyendo el Quijote. En la primera carta de las citadas, el dominico, al referirse a la muerte de la reina Ana de Inglaterra, hace una alusión llena de malicia a doña Rodríguez, aquella dueña dolorida de la duquesa que, vestida de luto, se postró a llorar a los pies de don Quijote, «y daba unos gemidos tan tristes, y tan profundos, y tan dolorosos que puso en confusión a todos los que la oían y miraban» (Quijote II, LII). Los menudeos literarios no acaban ahí: en otro párrafo recurre a un personaje bíblico pero de resonancias artúricas, el célebre portador del santo grial José de Arimatea. La muestra de humor cervantina, que es también un indicio de confianza con su destinatario, al que sabe lector del Ingenioso hidalgo, no es una inclinación puntual. El mismo día que celebra la noticia del regreso de Gondomar a Londres, fray Diego de la Fuente da otra prueba de ironía al referir en una carta al inquisidor general Luis de Aliaga una anécdota que tiene al arzobispo de Canterbury -por mejor decir a su cochero- como protagonista. Se transcribe aquí a modo de introducción a los otros fragmentos porque constituye una muestra de la pericia verbal del dominico -véase el valor figurado de las palabras «devoçión», «estaçiones» y «preçipitó» - y un feliz ejemplo de prosa

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

familiar, ese anhelo de todos los escritores de epístolas que ejercieron conscientemente su oficio después de Cicerón.

[...] Supplico a V. S. que en medio de tantos y tan grandes cuydados como tiene, me haga merced de reyrse un poco [...] con un quento graçioso que se sigue.

El terçero día de Pasqua a nuestra quenta, que a la inglesa fue el martes de la Semana Santa, predicó en la iglesia de San Pablo, que es la principal de Londres, el que aquí llaman arçobispo de Cantarueri [George Abbot], y quedando el coche a la puerta de la iglesia diole devoçión al cochero de entrarse en una taberna, que es de las estaçiones que aun en Semana Santa se frecuentan aquí. Los cavallos del coche començaron a correr con tanta furia que no fue posible el detenerlos asta que, entrando por una puerta, hiçieron pedaços el coche, en que se habla mucho aquí aora, y en que lo mereçía todo el sermón porque diçen se preçipitó tanto el predicador como los cavallos. (II/551, fol. 124v)

[CARTA] AL CONDE DE GONDOMAR EN 11 DE ABRIL DE 1619. II/551, fols. 120v-124r.

[...] Bien brebe fue la de V. S. de 2 de março, que la reçiví en 1 de abril, y aunque para mí y para muchos es bien alegre la nueva que V. S. da de su buelta a Inglaterra, me tiene con suma pena el deçirme la carta ella en sí el poco gusto con que V. S. quedaba. Y çierto, señor, que pues ha sido nuestro Señor servido de mejorar la salud de V. S., entiendo que ha sido para gloriosos y grandes efectos, y que solo la persona de V. S. los puede hacer en este reyno, como consta de lo que en esta parte sienten los puritanos, que son los mayores enemigos del serviçio de Dios y del rey nuestro señor, pues diçen que solo la venida del conde de Gondomar les debe dar más cuydado que si viniera toda la armada que Su Magestad ha mandado prevenir en España. Los buenos y bien yntençionados han tenido por nueva del çielo ésta, y con ella respiran y se alientan lo que no se puede deçir. El rey está contentíssimo, el marqués chanciller, consejeros y nobleza con sumo gusto, y así, por esta parte es justo que V. S. le tenga y muy grande en venir [...]

Entiendo que la muerte de esta reyna ha de obligar a que V. S. parta muy presto para condolerse con el rey de parte de Su Magestad. No le den cuydado a V. S. las lágrimas que ha de enjugar, que ya esto está hecho y muy con tiempo. Y aunque para cumplir con la çeremonia será fuerça que V. S. trayga vestido de luto, esto se ha de entender que ha de durar no más que asta descubrir la presençia del rey la primera vez que V. S. le vea. Pero en açercándose V. S. a él, aunque partan entrambos de carrera a encontrarse, será también forçoso que ya V. S. haya mudado vestido de color por lo mucho que al rey offende el luto. Los criados podrán venir cubiertos con un manto que sirva solo asta la primera reverençia, haçiendo la figura de doña Rodríguez o de la dueña dolorida, porque la segunda reverençia ha de ser algo más alegre y podrá quebrar en cabriolas [...]

Notable operaçión ha sido la de las estrellas y cometas que se han visto en el çielo, y me parece que se pueden retirar ya muy contentas de la suerte y suertes que han hecho, en que no nos ha cabido la menor parte, pues nos han tocado tan en lo vivo en las personas de la señora emperatriz [María] del señor archiduque Maximiliano, y últimamente del emperador [Fernando II], que ayer vi carta del señor archiduque Alberto para Juan Baptista Van Male, su agente, en que diçe murió a los 20 del pasado. Dios nos guarde a

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

los que nos quedan de la casa de Austria, especialmente a Su Magestad, que bien es menester su larga vida en estos tiempos [...]

Sobre lo que escribí a V. S. en la última mía de 12 del pasado acerca de la muerte que había hecho la reyna [Ana], no tengo que añadir cosa que haga consuelo sino solo que el sábado antes que del pasado, tres días antes que muriese, estubo con ella un sacerdote y hablándola en cosas de veras le respondió que no había que darla tranta prisa, que ella se sentía mucho mejor y con ánimo de venirse aquí, a Londres, el martes siguiente, adonde la podía bolver a hablar. Murió el propio día martes a las tres de la mañana y sin que la asistiese persona que la pudiese hablar buen language, y dándola toda la batería posible el que llaman de Cantarveri y de Londres. Y es lo cierto, según lo que he entendido de muchos originales, que ni Dios tiene que agradecerla por cattólica ni el diablo por protestante ni puritana, si éste no la tuviera obligación por lo que faltó a la primera obligación de mostrarse buena y verdadera cattólica en que trabajó tanto V. S. [...]

Venga V. S. mil veçes en hora buena y sea muy presto, que asseguro a V. S. que desde el santo Joseph ab Arimatia que a scrito aquí la fee christiana, no ha venido hombre más deseado de todos.

[CARTA] AL CONDE DE GONDOMAR EN 14 DE MAYO DE 1619. II/551, fols. 136r-139r.

Después que començó a mejorar [el rey Jacobo] se encargó el barón Digbi de avisarme cuándo le pareçiese sería a propósito que le fuesse a ver, pero previno esta diligencia el marqués [Buckingham] con un papel que me scribió en 24 del mes pasado, en que me diçe que el rey deseaba que yo le viesse y que usando de la privança que no se conçe de a otros lo podría haçer cada y quando que quisiesse sin aguardar a que me señalase día [...]

No obstante este privilegio y favor, me pareció puesto en raçon que el conde Noyel [Hugues de Noyeles], embaxador de sus Altezas Reales, que ya estaba aquí en Londres, fuese primero a ver al rey, como lo hiço domingo 5 deste. Y este día imbié a deçir al marqués [de Buckingham] con don Ricardo [Richard Berry], que, por justas consideraciones, había querido dar por esta vez la preçedençia al embaxador de sus Altezas Reales pero que por ningún caso la daría el embaxador que se aguardaba ya de Françia, por más marqués que fuese, y así, usando de la graçia que el rey me haçia de que pudiese escoger día, escogía el martes siguiente por que hubiese un día en medio de las dos audiencias en que pudiese descansar el rey.

Entró el marqués con este recado al rey, y diçen lo riyó mucho honrrándome como lo ha hecho en otras ocasiones. Ymbiome a deçir que fuese a las 2 de la tarde porque por la mañana había de oyr sermón, pero que si yo le quería oyr también, podría yr a esa ora y él se holgaría mucho.

El día señalado martes llobió incesantemente y muy reçio pero no se pudo escusar la jornadilla a Tibols [Theobalds], que así se pudiera haçer toda ella en barco por estar el camino muy cubierto de agua. El marqués me reçibió y honró con el buen agrado que suele y me llevó al rey, a quien dixé mi oraçionçica condoliéndome de la muerte de la reyna y congratulándome de la mejoría en su salud. Y él me hiço particular favor en las

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

respuestas a entrambos puntos alargándolas y mostrando estimar el cuidado que sabía me habían dado sus achaques.

Tube muy buena ocasión para decirle una cosa que deseaba sumamente que la supiese y entendiese con ella la obligación en que le han puesto los católicos en el discurso de su enfermedad, que como he escrito a V. S. se lastimaban mucho todos y sintieran el perderle temiendo peor fortuna no por mala inclinación del príncipe [Carlos] sino por la malicia de los puritanos que por no tener tanta experiencia el príncipe pudieran ellos hacer mayor suerte.

Díxele al rey que me había consolado notablemente siendo testigo de vista del particular amor que le tenían los católicos, pues los vi a todos con mucho dolor y aflicción de su mal, y a muchos dellos con lágrimas pidiendo a Dios su larga vida y salud, que este era buen argumento de fidelidad y amor en ellos y en que podía ver cuánta verdad tiene lo que en diferentes ocasiones le he afirmado de que no tenía vasallos más fieles ni más seguros que los católicos; que esta consideración debía obrar mucho en el corazón y piedad de un tan grande rey. Tomólo muy bien y mostró estimarlo y olgarse de haberlo entendido.

Díxele ultimadamente por vía de donayre que por haber llovido tanto aquel día no pude llegar con tiempo a oír el sermón a que me había convidado, y que por la misma causa no pude llevar conmigo la misa para que él viera de qué color es y la oyera, que con esto fuera el partido algo yguale si no es que viniéramos con otro medio de que yo me encargara de la misa y de el sermón. No se puede decir lo que lo celebró por un muy buen rato y con particular gusto, y para que también lo viese el marqués de Bockingan se lo explicó en inglés [...]

No pudo ser buena la plática y audiencia sin que en ella tubiese buena parte el señor conde de Gondomar, por quien preguntó y a quien aguarda el rey con arto desseo de verle. Yo le dexé con buena esperanza de que ternía aquí muy presto a V. S., quiera Dios que esto sea así, pues tanto conviene al servicio de Dios y del rey nuestro señor, en que no quiero decir más sobre los muchos conjuros que he hecho a V. S. en otras y sobre lo que dixé a Su Magestad en la última del 25 de abril. Y verdaderamente, señor, que supuesto que V. S. ha de venir aquí como parece forzoso haviéndose ya publicado y no pudiendo V. S. resirtir [sic] a este orden sobre la resistencia que hizo a lo de Francia, no puede ser ni buen christiano ni buen vasallo de Su Magestad quien no diere prisa a V. S.

Despedime del rey y salió conmigo el marqués y díxome que el rey estimaba mucho mis oraciones y se prometía habían tenido gran parte en su mejoría. No digo esto a V. S. para ponerle en codicia dellas, pues conoce tan bien lo poco que pueden valer [...] sino para que vea la ventaja que en esta parte nos dan los contrarios a nuestra religión y cómo la verdad sabe bolver por sí [...]

Fuy a ver al príncipe [Carlos] y confieso a V. S. me consoló mucho esta vez porque me habló con particular agrado y siempre muy a propósito. A la verdad no estaba tan rodeado de los acólitos que V. S. sabe como otras veces. Preguntome por V. S. y por su venida. Yo le respondí que aunque V. S. venía derechamente a quitarme mi comisión, yo me alegraba mucho lo que con esto se adelantaría su servicio y la conclusión de lo que tanto deseamos [el matrimonio entre el príncipe Carlos y la infanta María de Austria]. Dixo que no había yo de dexar mi comisión sino yr a continuarla a Roma en

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)

viniendo V. S. aquí, que así lo había él entendido. El barón Digby estuvo con el rey el día siguiente y buelto aquí me imbió a decir que yo debía mucho al rey y que cada día yba ganando más en su buena gracia.

He querido ser el istoriador de estas cosas aunque en causa propria, porque los testigos de vista que las ben y las saben y otras muchas de esta calidad son buenos para callarlas acá y allá, y así las quiero yo decir para alegrar a V. S. la sangre con ellas, como a tan verdadero dueño y señor mío [...]

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIV, 54 (julio-septiembre, 2008)